



Capítulo 374 - Edición Especial.

Tokio - 21:47 h — Hotel Andrómeda, suite imperial

El ascensor hizo un ruido sordo cuando se abrieron las puertas. Vergil salió primero.

Todavía llevaba su camiseta negra de Evangelion, ahora parcialmente cubierta por una bolsa de tela con estampado de los Vengadores de Tokio colgada sobre un hombro. En su mano derecha llevaba una enorme y ruidosa bolsa llena de doujinshis. A su izquierda, dos cajas de figuras a escala 1/6 — una de ellas un personaje en bikini sosteniendo una bazuca rosa. En su espalda, una mochila llena de llaveros, carteles enrollados y.... algo que hacía ruidos sospechosos cuando se movía.

Parecía menos un Rey Demonio y más un portero resignado para una señora que coleccionaba obsesiones animadas.



Ada entró justo detrás de él, ligera como una brisa de verano. Llevaba sólo un té con leche a medio terminar y una sonrisa indecente.

"Te ves maravillosa", dijo, sin siquiera intentar contener la risa.

Vergil se detuvo en medio de la habitación del hotel y la miró con esa expresión suya: la mezcla letal de desprecio aristocrático y agotamiento silencioso.

"Me han reducido a un... otaku mulo."



Ada se dejó caer en el sofá con un suspiro de satisfacción, quitándose las gafas de sol y sacudiéndose el pelo. Parecía brillar más ahora que en todo el día.

"Estás exagerando", dijo, sacando una de las cifras de la bolsa. "Mira esto. "Es arte japonés contemporáneo."

Vergil levantó una ceja. "Lleva un bikini del tamaño de un parche en el ojo y sostiene un lanzacohetes. ¿Dónde ves el arte en eso?

Ada se estiró perezosamente en el sofá, tirando de una de las bolsas hacia su regazo y examinando los artículos.

"Sabes que te gustó. Admito que el doujinshi que elegiste de 'Short Skirt Reaper' fue un poco... revelador. Pero tu mirada cuando viste la obra de arte no mintió."

"Fue por curiosidad estética", respondió secamente. "La anatomía era... intrigante."

Ella se rió a carcajadas y el sonido llenó la habitación como un ligero encantamiento.

Vergil finalmente comenzó a deshacerse de las bolsas. Dejó una pila sobre la mesa de café y otra contra la pared. Algunos parecían emitir su propia luz, tal era la cantidad de destellos holográficos.

—Y todavía no me lo has dicho —murmuró Virgilio, aflojándose la corbata con un gesto lento. Sus ojos la miraron con un brillo sospechoso y ligeramente curioso. "¿Qué compraste exactamente en esa maldita bolsa que me escondiste todo el camino hasta aquí?"





Ada se quedó paralizada por un breve momento, el tiempo suficiente para que el momento fuera deliberado. Su sonrisa se suavizó—perdió su tono travieso y adquirió algo más denso, como un viejo secreto finalmente a punto de ser revelado.

Se levantó con la gracia de un gato a punto de saltar, cruzando la habitación hacia la discreta maleta de la esquina. De allí sacó la bolsa envuelta en papel negro mate con un lazo escarlata y un símbolo dorado grabado en el centro — demasiado discreto para algo que claramente no lo era.

Se giró lentamente, como si mostrara una ofrenda peligrosa.

"¿Estás seguro que quieres saberlo ahora?" Ella preguntó, con la voz baja, casi un susurro. "¿O preferirías esperar el momento adecuado... y descubrir el camino correcto?"

Virgilio la observó en silencio. Sus ojos medio cerrados, expresión de un depredador que reconoció cuando estaba a punto de ser cazado. Incluyó ligeramente la cabeza y su tono era tan tranquilo que parecía cortante.

"¿Tiene algo que ver 'el momento adecuado' con el motivo por el que no querías que Afrodita viera esto?"

Ada se acercó, sus talones resonaron suavemente en la alfombra, hasta que estuvieron separados por centímetros. Ella miró hacia arriba y encontró su mirada con cruda intensidad.

"Digamos simplemente... es algo íntimo. Delicado. 'Hecho sólo para nosotros dos', dijo, casi susurrando contra sus labios. "Algo que creo que te encantará."





El silencio que siguió fue espeso como el terciopelo. Vergil la miró con creciente intensidad. Y entonces, de repente, como cansado de bailar, la tiró por la cintura, sellando el espacio entre ellos con un beso profundo, caliente y posesivo.

Ella respondió sin dudarle, con la bolsa todavía agarrada entre sus dedos — como si su contenido fuera parte del hechizo que acababa de lanzarle.

Cuando se separaron, Virgilio habló con la voz más ronca que había oído esa noche:

"Entiendo... Haz lo que quieras. Pero ten por seguro una cosa, Ada..."

Apoyó su frente contra la de ella, sus ojos brillaban con algo antiguo y primitivo.

"...si esto es lo que creo que es...acabas de iniciar un incendio."

Ella sonrió, satisfecha. "Genial. Porque vine preparado para arder."

Y luego, tranquilamente, se giró y caminó hacia el baño con la bolsa en la mano. Antes de cerrar la puerta, echó una última mirada por encima del hombro.

"No tardaré mucho, querida... Ha llegado el momento." La puerta se cerró con un suave clic. Vergil se quedó quieta por un momento, en silencio, sintiendo el eco de su danza provocadora en el aire.





Vergil se sentó en el sofá, con la espalda hundiéndose lentamente en los cojines mientras el silencio llenaba la habitación, interrumpido sólo por el lejano zumbido de la ciudad a través de las ventanas blindadas.

Cruzó una pierna sobre la otra, con los ojos fijos en la puerta del baño como un general observando la puerta de un castillo enemigo. Sus dedos tamborileaban lentamente sobre el brazo de la silla. La curiosidad era un veneno lento... pero estaba acostumbrado a los venenos.

Pasaron unos minutos.

Luego — haga clic.

Las luces de la habitación se apagaron abruptamente. Todo quedó sumido en una densa oscuridad, a excepción de la tenue iluminación de una tira de LED debajo del panel del televisor, que tiñó la habitación con un ligero brillo púrpura.



Virgilio no se movió.

Luego las luces volvieron a encenderse—pero no todas. Sobre la puerta del baño sólo se encendió una suave luz direccional dorada.

Y fue entonces cuando la vio.

Ada.

De pie bajo el rayo de luz, como una visión del más peligroso de los sueños. Llevaba lencería de conejito negro que parecía hecha a medida para la perdición. Satén y encaje, recortes atrevidos, todo abrazando su cuerpo con



precisión quirúrgica— y en el centro, el lazo rojo sangre atado sobre su busto parecía una advertencia visual de que se trataba de un regalo... y una trampa.

Medias de rejilla cubrían sus piernas hasta los muslos, conectadas mediante delicados clips a un corsé que acentuaba su cintura. Orejas de conejo de terciopelo negro completaron el look, junto con un estrecho collar de cinta con un pequeño colgante de plata: el símbolo del hotel Andrómeda... rehecho en forma de látigo.

Ella no dijo nada.

Ella caminó hacia él lentamente, sus talones resonaban suavemente como un susurro pecaminoso contra la gruesa alfombra. Cada paso era una promesa silenciosa. Un desafío.

Vergil ni siquiera parpadeó.

Cuando llegó hasta él, se detuvo. Manos en sus caderas, una sonrisa aguda en sus labios y sus ojos brillando con puro dominio.

Levantó la vista y por primera vez esa noche... sonrió genuinamente.

"Creo que has superado a toda la convención", murmuró con la voz baja, como si ni siquiera confiara en ella en ese momento.

Ada se inclinó hacia adelante, apoyando sus dedos debajo de su barbilla y levantándola sutilmente.

—Esa —susurró ella, con los labios a milímetros de los suyos— fue mi verdadera adquisición hoy. Y es... edición limitada."



Vergil la puso sobre su regazo con un movimiento suave y decisivo, como si sellara un acuerdo silencioso. Ella dejó escapar un suave suspiro ante su toque —un sonido que pareció encender el aire entre ellos.

"Entonces muéstramelo", dijo, con los ojos fijos en los de ella. "Todo lo que viene en este paquete."

Ada se rió roncamente y le rodeó el cuello con los brazos.

"Con mucho gusto, mi Rey."

